

Pero como no llegaban á bajar, la señor de Boiscoran llegó á comprender que pasaba alguna cosa extraordinaria.

Ahora bien, ¿qué podía ser aquella cosa para que tuvieran tanto misterio?... ¡No habian de ocultar, pensaba, un acontecimiento feliz!...

Así es que con la más firme resolución de hacerse abrir, subió á llamar al gabinete del señor Chandoré.

Y luego que le abrió el señor Folgat, al entrar:

—¡Quiero saber!... dijo.

La señorita Dionisia le respondió:

—Cualquier cosa que suceda, señora, recordad que una sola palabra de lo que voy á confiaros arrancada á vuestro dolor ó alegría, bastará para perder á un hombre honrado con el cual hemos contraído una de esas deudas que no se pagan jamás. He conseguido que nos ponga en correspondencia con Santiago...

—¡Dionisia!...

—Le he escrito, madre mía, y acabo de leer su respuesta... leedla.

Sobrecogida por una especie de delirio, la marquesa de Boiscoran se arrojó sobre la carta que le entregaba la joven...

Pero á medida que iba leyendo, se podía ver que, á cada línea, su sangre se iba retirando de

la cara, sus labios palidecian, sus ojos se velaban, el aire faltaba á su pecho comprimido.

Al acabar, la carta se escapó de sus desfallecidas manos, y se dejó caer pesadamente en un sillón, balbuceando:

—¡Para qué luchar, puesto que estamos perdidos!...

Soberbio fué el gesto de la señorita Dionisia y admirable el acento con que exclamó.

—¡Por que no decís en seguida, madre mía, que Santiago es un incendiario y un asesino?...

Y sacudiendo la cabeza con un movimiento de indomable energía, con los labios temblorosos, paseó en su derredor una deslumbrante mirada de cólera y desdén.

—¡Quedaré, pues, sola, dijo, para defenderlo, habiendo contado con tantos amigos en sus días prósperos!... ¡Sea!...

Ménos conmovido, como era natural, que el señor de Chandoré y la señora de Boiscoran, el señor Folgat fué el primero en contestar:

—Seremos dos en todo caso, señorita, interrumpió; porque sería imperdonable el que me dejara influenciar por esa carta. No tuviera excusa, sabiendo por experiencia lo que vuestro corazón ha adivinado. La prision preventiva tiene angustias que disuelven los caracteres más vigorosamente templados. Los días se



hacen interminables y las noches tienen terrores sin nombre. El inocente en la celda de incomunicación cree llegar á ser culpable, lo mismo que el hombre más sano de espíritu siente su cabeza turbada en el departamento de los locos....

La señorita de Chandoré no lo dejó proseguir.

—Esto es, señor, exclamó, lo que sentía, lo que no hubiera sabido expresar como vos....

Avergonzados de su desfallecimiento, el señor de Chandoré y la marquesa de Boiscoran se esforzaron en luchar contra la duda espantosa que hacía un momento los había llenado de terror.

—En fin, ¿qué partido tomar? dijo con débil voz la marquesa.

—Vuestro hijo nos los indica, señora, respondió el abogado de París; tenemos que esperar el fin de la instrucción.

—Perdonad, dijo el señor de Chandoré, podemos obtener en cambio de juez....

El señor Folgat movió la cabeza.

—Desgraciadamente, dijo, ese es un sueño irrealizable. No se recusa como á un jurado á un juez de instrucción ejerciendo sus funciones.

—Sin embargo....

El legislador ha querido, según la *et* érgica

expresión de Ayrault, que nadie pueda prevalecer contra el juez de instrucción, cortándole el camino ó enervando su poder. El artículo 542 del Código de instrucción criminal es terminante....

—Y.... ¿qué dice ese artículo? preguntó la señorita Dionisia.

—Dice en sustancia, señorita, que la recusación propuesta por un prevenido contra un juez de instrucción, constituye una demanda de reclamo por causa de sospecha legítima, demanda respecto á la cual solo toca á la corte de casación el fundarla, porque el juez de instrucción, en los límites de su competencia, constituye por sí solo una jurisdicción.... No sé si me explico con claridad....

—¡Oh! con mucha, declaró el señor de Chandoré. Solo que como Santiago lo desea....

—Es verdad, señor; pero el señor de Boiscoran no sabe....

—¡Perdonad! Sabe que el juez es su mortal enemigo....

—Sea. ¿A qué debemos atenernos? ¿Pensais, pues, que la demanda de reclamo impedirá al señor Galpin-Daveline continuar el procedimiento? No. La seguirá hasta que decida la corte de casación. Es verdad que hasta entonces está impedido de dar una orden definitiva, pero el señor de Boiscoran debe desearla, por



que el primer efecto de esa orden será el de levantar la incomunicación, permitiéndole entónces ver á su abogado.

—Eso es atroz... .. murmuró el señor de Chandoré.

—Sí, es atroz en efecto, pero es la ley.

Dichosos son aquellos que jamás en su vida, ya tratándose de ellos ó de otro sér, han tenido la ocasion de abrir ese libro formidable que se llama el Código y de buscar con el corazon oprimido por una inexplicable ansiedad, el artículo fatídico é inexorable de que depende su destino ..

Pero pasado un momento, la señorita Dionisia reflexionó.

—Os he comprendido, señor, dijo al joven abogado, y mañana serán sometidas vuestras objeciones al señor de Boiscoran. ....

—Y sobre todo, insistió el abogado, explicadle bien que nuestro modo de obrar, en el sentido que indica, se volvería contra él. El señor Galpin-Daveline es nuestro enemigo, pero no podemos fundar contra él un agravio positivo. Nos responderá siempre: «Si el señor de Boiscoran es inocente, por qué no habla.....»

Aquello era lo que no queria admitir el señor de Chandoré.

—Sin embargo, comenzó, si tenemos elevadas influencias.....

—¿Las tenemos?

—Seguramente. Boiscoran cuenta con amigos que han permanecido muy poderosos bajo todos los gobiernos. Estaba bastante ligado en otro tiempo con el señor de Margeril.

Muy significativo fué el gesto del señor Folgat.

—¡Diablo! interrumpió, si el señor de Margeril quisiera ayudarnos.... Pero es un hombre poco accesible....

—Se le puede en todo caso telegrafiar á Boiscoran.... Puesto que se ha quedado en Paris para lo que se necesite, ahora se presenta la ocasion.... Le escribiré esta misma tarde.

Desde que el nombre de Margeril había sido pronunciado, la marquesa de Boiscoran se puso pálida hasta donde no era posible más.... A las últimas palabras del viejo gentilhomme, se irguió y vivamente dijo:

—No le escribais, señor, sería inútil, no lo quiero....

Era evidente su turbacion, que los demás quedaron confundidos.

—¿Boiscoran y el señor de Margeril están, pues, disgustados? preguntó el señor de Chandoré.

—Sí.

—Pero se trata de salvar á Santiago, madre mia, exclamó la señorita Dionisia.



¡Infeliz!... la pobre mujer no podía decir qué sospechas habían turbado la vida del marqués de Boiscoran, ni de qué manera tan cruel pagaba la madre en aquel momento unas imprudencias de la esposa.

—Si es preciso absolutamente, dijo con voz ahogada, si ha de ser ese nuestro recurso supremo... soy yo quien irá á ver al señor Margeril...

Sólo el señor Folgat tuvo la sospecha de los dolorosos recuerdos que aquel hombre despertaba en el alma de la señora de Boiscoran.

Así es que interviniendo:

—En el estado actual de la causa, declaré, mi opinión es que esperemos el fin de la instrucción. Sin embargo, puedo equivocarme y antes de contestar á don Santiago, deseo que el abogado que nos ha designado sea consultado.

—Ese es ciertamente el partido más cuerdo, aprobó el señor de Chandoré.

Y llamando á un criado, le mandó que fuera á la casa del señor Mergis á suplicarle que pasara despues de su comida,

La elección de Santiago de Boiscoran habia sido feliz...

El señor Magloire Mergis, conocido más bien con el nombre del señor Magliori, pasaba en Sauveterre por el más hábil y elocuente abo-

gado, no solo en el departamento sino en todas las dependencias de Poitiers.

Tenía además, lo que era bien raro y por otro lado glorioso, una reputación intachable y bien merecida de integridad y de honor.

Era bien sabido que nunca habia consentido en defender una causa equívoca y se citaban de él hechos heróicos, tales como el de arrojar á la puerta por las espaldas al cliente bastante mal avisado, que llegaba con el dinero en la mano, á suplicarle se encargara de un negocio de mala ley.

No era nada rico, y conservaba á los cincuenta y cinco años que tenía, las costumbres modestas y frugales de un principiante sin fortuna.

Casado joven el señor Magloire, habia perdido á su mujer despues de algunos meses de enfermedad y jamás se habia consolado de aquella pérdida.

Despues de más de treinta años la herida no habia cicatrizado, y siempre fiel, en ciertas épocas se le veía atravesar la ciudad con un gran bouquet en la mano y encaminarse al cementerio.

Los burlistas de Sauveterre, que de todo se reían, no se habian atrevido á hacerlo de él, tan grande así era el respeto que imponía ese hombre honrado, de fisonomía tranquila y se-



rena, de ojos claros y altivos, de labios finamente dibujados, verdaderos labios de orador, que traducían alternativamente la piedad ó la cólera, la burla ó el desden.

Lo mismo que el doctor Seignebois, el señor Magloire era republicano, y en las últimas elecciones del imperio, los bonapartistas habían tenido que recurrir á increíbles esfuerzos, al apoyo de la administración, á un sin número de maniobras desleales para impedirle la entrada en la Cámara.

Con todo eso, nada hubieran logrado sin el concurso del señor de Claudieuse, que aunque no los quería, sin embargo había determinado á un gran número de electores á que se abstuvieran.

Tal era el hombre que á las nueve de la noche, accediendo á la invitación del señor de Chandoré, se presentó en la calle de la Rampa.

La señorita Dionisia, su abuelo, la marquesa de Boiscoran y el señor Folgat lo esperaban. . . .

Los saludó con un aire afectuoso, pero á la vez tan triste, que la señorita Dionisia recibió un golpe en el corazón.

Creyó comprender que el señor Magloire no estaba lejos de creer en la culpabilidad de Santiago de Boiscoran.

Y no se equivocó, porque el señor Magloire

no tardó en darle á entender, con mucho cuidado sin duda, pero muy claramente.

Habiendo pasado el día en Palacio, había recogido la opinión de los miembros del tribunal, y esa opinión estaba lejos de ser favorable al inculpado.

En tales condiciones, prestarse á los desec de Santiago y entablar contra el señor Galpin-Daveline una demanda para que pasara la instrucción á otro juez, era una imperdonable falta. . . .

—La instrucción duraría años, exclamó la señorita Dionisia, puesto que el señor Galpin-Daveline pretende obtener de Santiago la confesión de un crimen que no ha cometido. . . . .

El señor Magloire movió la cabeza.

—Creo al contrario, señorita, respondió, que la instrucción terminará pronto. . . .

—Si Santiago guarda silencio, sin embargo.

—El mutismo de un detenido, ya sea por capricho ó por obstinación, no podrá entorpecer la marcha del procedimiento. Si en vez de producir su justificación se rehusa á hacerlo, la justicia va más lejos. . . . .

—Sin embargo, señor, cuando un detenido tiene razones. . . . .

—Nunca hay razones que valgan para dejarse acusar injustamente. Sin embargo, el caso está previsto. El prevenido queda en libertad.



de no contestar á la pregunta que le embaraza: "Nemo tenetur prodere se ipsum." Pero confesad que rehusarse á responder autoriza al Juez á considerar como decisivos los cargos sobre los cuales el acusado no se explica.....

Mientras mayor era la calma del célebre abogado de Sauveterre, con excepción del señor Folgat, mayor era el espanto de sus auditores.

Y escuchando las expresiones técnicas que empleaba, se sentían helados hasta la médula de los huesos, como los amigos de un herido que observan al cirujano preparando sus bisturis.

Así pues, señor, preguntó con débil voz la señora de Boiscorán, ¿la situación de mi hijo os parece grave?.....

—La creo peligrosa, señora.

—Pensais con el señor Folgat que cada día que transcurre aumenta el peligro que corre...

Estoy demasiado seguro. Y si el señor de Boiscorán es realmente inocente.....

—¡Ah, señor! interrumpió la señorita Dionisia, señor, ¿podeis hablar así, vos que sois amigo de Santiago?.....

Fué con un aire de conmiseración profunda y bien sincera, con el que el señor Magloire consideró un momento á la jóven.

Después:

—Precisamente por ser un amigo, señorita, respondió, debo deciros la verdad. Sí, conozco y aprecio las altas cualidades del señor de Boiscorán, lo he querido, lo quiero... pero no es con el corazón, sino con la cabeza, con la que es preciso examinar la situación... Santiago es un hombre que será juzgado por otros hombres. Se tienen de su culpabilidad indicios materiales, palpables, tangibles... ¡Qué pruebas podeis ofrecer de su inocencia!... ¡Pruebas morales?.....

—¡Dios mío!..... murmuró la señorita Dionisia.

—Pienso, pues, como mi honorable colega.....

—.... Creo firmemente que si el Señor d Boiscorán es inocente, ha adoptado un sistema deplorable... ¡Ah!... si por fortuna tiene una cohartada, que se apresure á ponerla en ejecución. Que no deje que el procedimiento llegue á la Cámara del Tribunal de Justicia. Una vez allí, tiene tres cuartas partes de las probabilidades en su contra para salir condenado....

Positivamente el carmesí de las mejillas del señor de Chandoré, palideció.

—Y sin embargo, exclamó, Santiago no cambiará de plan, eso es seguro para el que conoce su inútil porfía.



—Desgraciadamente su resolución está tomada, dijo la señorita Dionisia, y el señor Magloire, que lo conoce bien, no podrá ménos de juzgarlo así por esa carta que nos ha escrito.

Hasta entonces, nada habia sido dicho que pudiera hacer sospechar al abogado de Sauverre el medio empleado para comunicarse con el prisionero.

Le enseñó la carta; era necesario ponerlo al tanto de la confidencia y por eso lo hizo la señorita Dionisia.

Se asombró por lo pronto y no tardó en fruncir las cejas.

—Eso es imprudente, murmuró cuando supo todo, muy atrevido, . . .

Y mirando al abogado Folgat:

—Nuestra profesión, continuó, tiene ciertas reglas de las que siempre es desagradable . . . el apartarse. Corromper á un escribano, aprovecharse de su debilidad y de sus sentimientos piadosos . . .

El abogado de París se habia puesto colorado imperceptiblemente.

—Nunca habria yo aconsejado tal imprudencia, dijo; pero en el momento en que se ha cometido, creo que no debo rehusarme á aprovecharla antes de que se recurra á otro medio peor que merezca más severamente el vituperarse.

El señor Magloire no respondió, pero después de haber leído la carta de Santiago:

—Estoy á las órdenes del señor de Boisecoran, dijo, y luego que termine la incomunicación me le presentaré. Creo, como la señorita Dionisia, que se obstinará en guardar silencio. Sin embargo, puesto que tenéis un medio de hacerle llegar una carta . . . ¡Entonces bien! me aprovecharé también de la imprudencia cometida . . . Suplicadle en interés suyo, en nombre de lo que haya para él de más querido, que hable, que se disculpe, que se explique . . .

Y saludando el señor Magloire, se retiró precipitadamente dejando consternado á su auditorio; tan visible así habia sido, que su rápida salida tenia por objeto ocultar la penosa impresión que le causó la carta de Santiago.

—¡Es verdad! . . . dijo el señor de Chandoré, vamos á escribirle, pero será cosa inútil. . . Esperará el fin de la instrucción.

—¡Que sea! . . . murmuró la señorita Dionisia.

Y después de un instante de meditación:

—Siempre se puede hacer la prueba repitió.

Y sin dar más explicaciones, se fué corriendo á su recámara á escribir este lacónico billete:

«Es preciso que os hable. Nuestro jardin tiene una puertecita que dá sobre la callejuela de



la Caridad, donde os espero. Aun cuando recibais tarde estas líneas, haced por venir.

**Dionisia."**

Después de haber colocado el billete en una cubierta, llamó á la aya que la habia educado, y hechas todas las recomendaciones que la prudencia pudo inspirarle:

—Urge, le dijo, que el señor Méchiné, el escribano, reciba esta carta esta misma noche: ¡vete pronto! . . .

## IX

Después de veinticuatro horas Méchiné estaba tan cambiado, que sus hermanas no lo reconocian.

Un momento después de haber salido la señorita Dionisia, ellas fueron á encontrarlo, esperando que les haría saber al fin, lo que significaba aquella misteriosa entrevista; pero á las primeras palabras:

—¡Eso no os importa! exclamó con un acento que hizo estremecer á las dos costureras. ¡A nadie le importa! . . .

Y al quedarse solo, muy aturdido de la aventura, pensaba en los medios de cumplir su promesa sin comprometerse.

Esto no era fácil.

Llegado el momento decisivo, reconoció que jamás lograría hacer llegar á Santiago de Bois-coran el billete que quemaba su bolsillo, sin